


- 
- > **WAIRÁ**
ANA INÉS VIDAL
 - > **ESTADIO CENTENARIO**
SANTIAGO MEDERO
FERNANDO TOMEIO
JOSÉ MASENA
RICARDO PIÑEYRÚA
 - > **PARQUE HUMEDAL**
COSTA BOTÁNICA JARDÍN
FLOTANTE
 - > **VIVIENDA**
ARQUITECTURA RIFA G'11
 - > **#HACELATUYA**
LDCV
 - > **BIENAL DE VENECIA**
PATRICIA BENTANCUR
 - > **CASA CENTENARIO**
FERNANDA RÍOS

02

SAMOTRACIA

ANA INÉS VIDAL

WAIRÁ

Tejiendo experiencias

Ana Inés Vidal (Montevideo, 1976). Diseñadora industrial opción textil desde 2008. Cursó el programa de especialización y maestría en enseñanza universitaria (Udelar). Es profesora adjunta del área proyectual y del área tecnológica (EUCD-FADU-Udelar).





Fig. 1. Salida de campo, Tala, noviembre de 2013. FOTO: ANDREA SELLANES

Abordar el oficio de la tejeduría desde la Escuela Universitaria Centro de Diseño (EUCD) significa —además de referenciar a los y las diseñadoras como transmisores de una técnica— conocer y analizar la manera en que se realiza la producción y las condiciones laborales de quienes producen. Esto deriva en atender el quehacer del diseño, con el objetivo de generar un modelo de acción integral que tenga como eje la atención de todos los actores de la cadena productiva, generando así un tipo de consumo responsable.

En 2012, por medio de un acuerdo de trabajo entre el Ministerio de Desarrollo Social (Mides) y la EUCD, el viento trajo a la Escuela a Wairá, un grupo maravilloso de mujeres tejedoras del ámbito rural. El trabajo con Wairá implicó, en términos formales, el

diseño y la implementación de un programa de capacitación específica en diseño y calidad a partir de los productos que se encontraban elaborando.

Para el equipo de docentes y estudiantes esto significó, además, viajar a Tala, Canelones, donde se reunían las tejedoras, que llegaban desde diferentes zonas rurales cercanas a esa localidad. Para llevar a cabo este proyecto hubo cuatro encuentros, y el «punta-pié inicial» fue el trabajo desde su cotidianidad. Se partió de relatos de cada una de las tejedoras. El primero, describía su día, desde el comienzo al fin; el segundo, un lugar de la casa donde disfrutaran estar, para contar lo que veían desde allí. Estos relatos nos permitieron un primer acercamiento; a partir de ellos se trabajó en la construcción de experiencia y conocimiento.

Si bien el trabajo con el Mides finalizó, la iniciativa derivó en varios proyectos —uno de investigación, denominado «Tejeduría en el ámbito rural»; y tres de extensión, «Wairá», «Extensión curricular» y «Núcleos de tejeduría artesanal»—, lo que dio continuidad al trabajo entre Wairá y la EUCD hasta 2015. Fueron cuatro años de vínculo propiciado, en parte, por intenciones de las políticas sociales gubernamentales y la apuesta de políticas universitarias.

Aunque los proyectos con Wairá no continuaron después de 2015, el nombre de esta agrupación siguió escuchándose en nuestra Escuela. En adelante, Wairá continuó su camino incorporando diseñadoras por intermedio de Prodiseño —un programa del Ministerio de Industria, Energía y Minería y la Cámara de Diseño de Uruguay—, que tiene como objetivo apoyar a mipymes interesadas en incorporar diseño en sus empresas. Actualmente, Wairá ha integrado a su equipo a dos diseñadoras egresadas de nuestra casa de estudios; junto con ellas, ha conseguido la distinción de mostrar su trabajo bajo el paraguas de la marca país Uruguay Natural.

Fig. 2. Salida de campo, Tala, noviembre de 2013. FOTO: ANDREA SELLANES



1. Gallardo, C., Scaglia, J. P. *Diseñar la inclusión, incluir al diseño. Aportes en torno al territorio de convergencia entre diseños y políticas sociales*. Buenos Aires: FADU-UBA.
2. *Taller de diseño popular, cadenas productivas y construcción de paz*. Bogotá: Universidad de Bogotá.
3. Toussaint-Samat, M. *Historia técnica y moral del vestido. Tomo 2. Las telas*. Alianza, 1994.

De estas experiencias se desprende un enfoque necesario y posible, en el que el diseño se debe transformar «en una herramienta de inclusión, desarrollo y empoderamiento de las comunidades»,¹ así como la idea de que el diseño puede operar desde diversos lugares, no solamente desde el propósito de obtener un producto final, sino que puede hacerlo promoviendo «el protagonismo activo de las personas y de los colectivos a la hora de descifrar y redibujar su realidad, descentralizando el proceso de creación y construcción en un espíritu emancipador».²

Para las integrantes de Wairá tejer fue y es una excusa que las dispone a socializar, y la subsistencia del grupo depende en gran parte del aporte social y afectivo que a través de él se genera. Es también para ellas una herramienta que las habilita al desarrollo de actividades que las relacionan con otras personas y las enfrentan a nuevas situaciones y a conocer otros ámbitos. Este movimiento les permite acercarse a nuevos conocimientos, a nuevos horizontes —tan limitados a veces para nuestras mujeres rurales—. Conocer otras versiones de la realidad y participar en la toma de decisiones respecto del quehacer de su labor las ejercita para entender que son parte de las decisiones de todos los ámbitos que integren.

Como Wairá, existen otras agrupaciones de tejedoras que en su mayoría comparten la condición de estar conformadas por mujeres rurales. Y dada la realidad del ámbito rural, el aislamiento, la violencia doméstica y la falta de vínculos sociales, este tipo de grupos suponen una posibilidad de libertad y contención muy importante, factores que se vuelven fundamentales a la hora de enfrentar la realidad económica de la tarea. Su trabajo suele darse bajo un velo de «trabajo informal voluntario», lo que pone en evidencia las dificultades y los problemas no resueltos en la esfera de muchas instituciones nacionales a las que les compete la temática. Tanto el Instituto Nacional de las Mujeres (Inmujeres-Mides), el Plenario Intersindical de Trabajadores-Convención Nacional de Trabajadores (PIT-CNT) y la Asociación de Mujeres Rurales como algunas organizaciones no gubernamentales han manifestado su preocupación por la situación en que se encuentra la población que lleva adelante este oficio.

Queda mucho por hacer, sin duda, desde nuestro rol de diseñadores, y mucho también desde nuestro rol como consumidores.

Aunque haya esclavos oficiales que suministran algodón desde el siglo XVII hasta la mitad del siglo XIX, no hay que olvidar que en nuestra época no se ha prescindido de estos talleres que, desde los años setenta, han provocado una invasión del mercado de géneros de punto y confección en los que importa más el precio que la calidad. Estén donde estén, en Extremo Oriente, disimulados al fondo de los pisos del Sentier, en París, o en los demás barrios de confección de ropa de las metrópolis occidentales, las condiciones de trabajo que en ellos imperan son totalmente inaceptables. Todos conocemos esta explotación de la miseria de los países en vías de desarrollo o de los inmigrantes clandestinos. Pero, ¿qué comprador se plantea problemas de conciencia al comprar el artículo lo más barato posible? ¿Quién se avergüenza por las circunstancias de su fabricación? ¿Quién se siente cómplice de los nuevos negreros?³